

Analice la realidad social americana que se desprende de *El lazarillo de ciegos caminantes*

El *Lazarillo de ciegos caminantes* es una obra que durante mucho tiempo abonó el campo de las controversias sobre su autoría, por las circunstancias de su publicación: falso autor, falsa licencia y falsa imprenta y también por el juego de ocultamientos al que recurre su verdadero autor, el español peninsular Alonso Carrió de la Vandra. Es un libro de viajes, en esencia, una guía de viajeros, o en palabras de Oviedo:

«... un Baedeker sobre una popular ruta americana, con la advertencia de que esta guía antecede en casi 50 años a la primera que publicó Baedeker en Alemania (1828)».

Pero también es mucho más, porque Carrió, con una minuciosidad y un detallismo abrumadores, nos va describiendo todo aquello que de una u otra forma se relaciona con los lugares o las gentes que se encuentra a lo largo de su extenso recorrido; según Bataillon:

«La realidad americana más concreta es su objetivo preferido. La conoce tanto en su conjunto como en el detalle y siempre por dentro y desde dentro».

Carrió, a pesar de su enfoque de *español europeo* justificador de la Conquista, no deja de ser una valiosa aportación para conocer la realidad social americana de finales del siglo XVIII.

Esta realidad social que el autor retrata en su obra la componen tres castas o grupos humanos: los blancos, peninsulares o criollos, a los cuales, y a pesar de reconocer cierta rivalidad entre ellos, procura siempre defender de las acusaciones de crueldad o explotación de los indígenas; los indios, en ocasiones divididos por Carrió entre *civilizados* y *bárbaros* y los negros y mulatos, ampliamente denostados por el escritor, colocados en el nivel más bajo de la escala social, y que ocupan muchas menos páginas en el *Lazarillo*.

Carrió se tilda en su prólogo de “peje entre dos aguas”, y aunque él se define así en cuanto que escritor, no nos cuesta trasladar esta definición a su personalidad vital, pues pese a su nacimiento peninsular y sus ideas “españolísimas”, pasó casi toda su vida en América, se casó con una americana y ostentó cargos burocráticos en esas tierras, por lo que fue un gran conocedor de la realidad que nos describe en su obra. Además, su condición de arbitrista, que dejó patente con la publicación de su *Plan de gobierno del Perú* (1782), le hacía ahondar en todo lo que pudiera afectar al buen gobierno de las colonias y sus gentes. Es, por tanto, una fuente impagable para el conocimiento de aquella sociedad.

Para todo grupo humano que reclame el membrete de sociedad, la lengua es uno de los instrumentos más importantes, por lo que no podían faltar en el *Lazarillo* bastantes alusiones a la lengua castellana en su relación con las lenguas indígenas y a la forma de hablar de los indios y mulatos; en el cap. XVI, por ejemplo, nos da cuenta Carrió del origen de la palabra *maíz*. Siguiendo en el plano lingüístico, el Visitador —demostrando su vena de arbitrista— toma la palabra en el cap. XVIII para aconsejar la abolición de la lengua indígena, pues, según él, redundaría en beneficio de la educación y progreso de los indios. En el cap. XIX reincide en la necesidad de castellanizar a los indígenas y aprovecha para criticar duramente a los jesuitas —a los cuales, en la vida real, Carrió acompañó en el mismo barco en el que eran repatriados a Europa, tras su expulsión de todos los territorios americanos en 1767—.

En otro aspecto lingüístico, nos dejó el autor un acervo de refranes, americanismos y popularismos que nos ilustran sobre las relaciones afectivas y los nombres de enseres de muy variados campos de la vida en aquellos parajes.

A su paso por tambos y chacaritas, el minucioso visitador de correos nos va relatando, por boca de su ayudante *Concolorcorvo*, cómo viven y se relacionan las gentes a lo largo de todo el recorrido. Nos habla de sus cultivos y ganaderías —con el primordial comercio de mulas en el papel más relevante—, de las provisiones que deben llevar los viajeros para cada posta y lo que se ha de pagar por ellas, los sueldos que se perciben en todo tipo de oficios y empleos, la calidad de las aguas o la dureza del camino. Y todo lo adereza con anécdotas y relatos que nos muestran una sociedad variopinta y unos personajes singulares —muchas veces con nombres y apellidos—.

Nos habla de las tensiones sociales derivadas de la conquista y del choque de razas y culturas, de las suntuosas vestiduras de las mujeres en las ciudades principales, a lo que dedican buena parte de su peculio. De este modo se va completando el mosaico de aquella bullente sociedad en la España virreinal de la segunda mitad del siglo XVIII. Por ejemplo, *Concolorcorvo* nos dice en el *Prólogo y dedicatoria...* «que los serranos son más hábiles en picardías y ruindades que los de la costa» o «Cuidado con los mestizos de leche, que son peores que los gitanos aunque por distinto rumbo».

El autor, ya al comienzo el capítulo primero, reniega de la opinión popular que sostiene que viajero y embustero son sinónimos, para abundar en la veracidad de su historia y para validar el peso de la tradición, aunque esta se trasmite en quipus o jeroglíficos en vez de pergaminos.

De los diferentes tipos humanos que pueblan aquellas tierras vírgenes, son los gauderios «mozos nacidos en Montevideo y en los vecinos pagos» —los gauchos uruguayos—, descritos con detalle en sus actitudes y costumbres, y muy denostados por Carrió, los que más han llamado la atención de críticos y lectores, al ser el español el primero en ocuparse de tan singulares personajes

en los capítulos I y VIII de su *Lazarillo*, dejando constancia incluso de algunas de sus coplas, para alegría de folkloristas.

También nos habla de los chimbadores, que son una especie de prácticos de los numerosos ríos que había que atravesar para cruzar el continente, y nos refiere las artimañas y truhanerías que ponían en juego para que los viajeros no tuvieran más remedio que recurrir a sus servicios.

En otro contexto, las minas y los obrajes —a veces usados como prisiones de delitos menores— (cap. XVII), por la gran trascendencia que tuvieron sobre la sociedad americana de entonces, son abordados y analizados por Carrió.

Las habitantes de sexo femenino de las más importantes ciudades de América son un blanco importante de sus críticas y descripciones: en el cap. II nos cuenta que las de Buenos Aires son «las más pulidas de todas las americanas españolas, y comparables a las sevillanas, ...»; en el cap. IV, nos dice que las de Córdoba no gastan vestidos muy costosos, siendo esto excepción en ambas Américas, y nos cuenta el caso de una mulatilla que quiso medrar y fue severamente castigada, para evidenciar con la anécdota el fuerte carácter de las cordobesas. Y en el cap. VI, nos refiere que las hembras salteñas «son las más bizarras de todo Tucumán, y que exceden en la hermosura de su tez a todas las de América, y particular en la abundancia, hermosura y dilatación de sus cabellos». En cuanto al boato, las que se llevan la palma son las de Potosí, siendo sus soberbios trajes el principal lujo de esta villa (cap. XI). Curiosa es la descripción que hace de las hembras de La Plata: «La comunicación con hombres de letras las hace advertidas, y la concurrencia de litigantes y curas ricos atrae los mejores bultos y láminas de los contornos,...» (cap. XII).

En el aspecto de las costumbres galantes, al salir de la ciudad de La Plata, se nos da cuenta de la abundancia en aquellos pagos de hábitos censurables entre hombres frívolos: «Son muy raros los hombres que mantienen amistad perfecta por una semana entera» y mujeres coquetas, que buscan acomodo con marido consentidor.

Otros aspectos importantes en una sociedad, como la educación, el urbanismo o la Burocracia —principalmente el Servicio de Correos, del que Carrió nos va dejando incluso los nombres completos y las circunstancias familiares de muchos de sus funcionarios—, también aparecen en el *Lazarillo*. En el cap. XI, sobre Potosí, nos indica: «Sin embargo de tanta riqueza, no hay en esta villa un edificio suntuoso», y en el cap. XII, sobre La Plata, asegura ser la ciudad más hermosa y bien plantada de todo el virreinato y que «Abunda en todo lo necesario para pasar la vida humana con regalo». En el cap. XIII, comenta que los burócratas de Oruro «componían una competente cuadrilla de ladrones». En el tema político, los Repartimientos, sistema muy importante y muy controvertido en aquellos momentos coloniales, son objeto de descripción y análisis por parte del

autor, que nos da sus recetas y justificaciones sobre dicho sistema, apoyando las tesis de la Corona (cap. XVII).

La religión y el culto son también una faceta primordial en la vida americana y así lo reflejan en muchos de sus capítulos las páginas del *Lazarillo*, donde el autor relaciona la prosperidad de las iglesias y el clero con la de los pueblos y se hace eco de una religiosidad más profunda y tradicional en las ciudades del interior y en Lima que en la zona de La Plata.

Incluso algunas formas de ocio, que también nos acerca a las inquietudes de una sociedad, aparecen reflejadas en sus páginas. En el cap. IX, sobre los habitantes desde Buenos Aires hasta Mendoza, leemos: «Sus diversiones, fuera de sus casas, se reducen a jugar a la chueca bárbaramente y sin orden, [...] También juegan al pato en competentes cuadrillas.». Y en el cap. XIV, nos habla de la coca, tan importante en la vida de los indios del Altiplano.

El tema de la salud y la salubridad en relación con el clima (*temperamento*, en palabra del narrador) de los lugares por donde va pasando son muy tenidos en cuenta, lo que apunta a que era un tema que preocupaba mucho a los viajeros; para muestra nos sirve el párrafo donde nos habla de la longevidad de los habitantes de Combapata, que pasa por ser el territorio más sano de todo el Perú (cap. XV).

Por supuesto, las páginas dedicadas a las costumbres de indios y mestizos son muy abundantes, en ellas, el narrador nos habla de su forma de ser y de vivir: en el cap. XIII, dice que los indios se acomodan a la miseria mejor que ninguna otra nación. En el cap. XVIII, comenta la indolencia del indio, para apostillar: «Los indios son de la calidad de los mulos, a quienes aniquila el sumo trabajo y entorpece y casi imposibilita el demasiado descanso», o más adelante «...son muy sospechosos en la fe y esperanza, y totalmente sin caridad». En el cap. XIX, habla de la cobardía del indio, que coadyuvó a la conquista de los españoles, siendo muy inferiores en número, pues «lo mismo es sacar a uno una gota de sangre, que ya se reputa por muerto».

Menos abundantes, las páginas dedicadas a negros bozales y mulatos (el autor les dedica el principio del cap. XX), con el trasfondo del espinoso tema de la esclavitud, de la cual Carrió hace una ligera defensa, exponiendo brevemente las ventajas del sistema esclavista («a mi paso por Córdoba se estaban vendiendo dos mil negros», nos dice en el cap. IV). Negros que pierden en la comparación con los indios: «Nadie puede dudar que los indios son mucho más hábiles que los negros para las obras del espíritu» (cap. XVIII).

Para terminar, y estando de acuerdo con las acertadas conclusiones del profesor Lorente Medina cuando escribe: «Carrió pretende ofrecernos un «cuadro idílico» de la sociedad americana en el siglo XVIII, restando importancia a la situación de los pueblos sometidos al duro trabajo de los repartimientos, los obrajes y las minas, y a las frecuentes sublevaciones («como el *incendio* de

los *petates*, que alumbra mucho y dura poco»), y con una interpretación «puramente colonial de la historia de América», creemos que con todas las piezas que Alonso Carrió de la Vandra va disseminando por sus páginas, a medida que avanza en su peregrinaje de Buenos Aires a Lima, se puede componer el mosaico de una sociedad mestiza y muy diferente de la española peninsular, y podemos hacernos una idea de las relaciones sociales, las costumbres y hasta los mínimos detalles que preocupaban a los multirraciales habitantes de aquellos parajes.

Su escrupulosidad y devoción por el mínimo detalle, e incluso su sesgo españolista, con la defensa de la Conquista y las instituciones de la Corona, no empecen que al cabo de una lectura atenta de su *Lazarillo* podamos sintetizar una visión global de la sociedad americana de su tiempo.

Manuel Berriatúa